

EXAMEN DE LIBROS

Mario SARTOR y Flavia URSINI: *Cent'anni di emigrazione. Veneta sugli altipiani del Messico*. Treviso, 1983, 328 pp., ils.

Durante casi cien años los vínculos entre la colonia italiana de Chipilo y el pueblo véneto de Segusino, de donde en septiembre de 1882 salieron unas cuarenta familias campesinas para colonizar el territorio mexicano, fueron prácticamente inexistentes, salvo algunas cartas esporádicas, pero sobre todo el recuerdo vivo, la esperanza de poder volver un día u otro. Luego la revolución y la guerra mundial aceleraron el natural proceso de autonomía de las dos comunidades.

Fue un conjunto de circunstancias casuales que trajo a México, destino insólito para el flujo migratorio italiano, más bien orientado hacia Estados Unidos y los países del Río de la Plata, a aquellos jornaleros y pequeños propietarios de la alta Italia. Primero, la política migratoria promovida por Porfirio Díaz y Manuel González con el propósito de impulsar y modernizar las estructuras agrícolas mexicanas atrayendo mano de obra europea, supuestamente dotada de técnicas más avanzadas y productivas. A la vez los contratos celebrados por compañías de navegación italianas con la Secretaría de Fomento. Y, finalmente, la propaganda de los agentes de emigración, reclutando voluntarios por aquellos rumbos sobrepopulados y azotados por la crisis agraria.

La expedición que condujo el grueso del contingente que fundaría la colonia de Chipilo a las costas veracruzanas fue la última de cuatro; el proyecto de colonización oficial no dio los resultados esperados y, al poco tiempo, se abandonaría en favor de nuevos planes. De las seis colonias italianas establecidas entre 1881 y 1882, Chipilo fue la única en oponer resistencia al progresivo proceso de mexicanización que determinó en las demás, al cabo de dos generaciones, la pérdida de su especificidad lingüística, cultural y racial. Chipilo mantuvo, en cambio, y sigue conservando hasta hoy, una propia individualidad en donde es posible identificar elementos estructurales de la cultura rural italiana. Entre ellos destacan un pro-

nunciado sentido de solidaridad, que se intensifica frente al apuro y al peligro, el hábito de apodar, casi una necesidad en presencia de desarrolladas relaciones de parentesco, así como la sobrevivencia de comidas típicas de la dieta campesina de las provincias del nordeste.

El reciente interés despertado en Italia por el fenómeno Chipilo, involucrando todos los medios de información, y en cuyo marco se ubica este libro, ha sido ocasionado por las celebraciones del centenario de la fundación y la declaración de hermandad entre las dos comunidades mexicana e italiana.

La obra de Mario Sartor y Flavia Ursini se divide en cuatro partes, más un apéndice de documentos y un pequeño glosario que reúne las voces españolas integradas al dialecto véneto, la lengua comúnmente usada por los chipileños. Los primeros dos capítulos ilustran el paisaje agrario, la distribución de la propiedad, el tipo de organización económico-productiva de las campiñas vénetas a finales del siglo pasado, además de brindarnos un cuadro de las costumbres alimentarias y de vida de aquellos campesinos. Responsable de su éxodo forzado fue la miseria. En un contexto agrario dominado por la pequeña propiedad —no eran jornaleros los que emigraban, aunque podían llegar a serlo durante breves temporadas— la emigración se convirtió en la forma más usual de protesta, respuesta individual, que sin embargo se hacía colectiva por las dimensiones asumidas, y no ofensiva. Tampoco dejaban sus tierras en búsqueda del mítico El Dorado. A pesar de la exagerada propaganda de los agentes de emigración sobre las riquezas de América, estos campesinos no tenían pinta de aventureros. Huían de su condición de indigencia y sólo buscaban un lugar en donde la barriga llena de hoy no significa el hambre del mañana.

Mas lo que les esperaba fue un impacto chocante con la nueva realidad: durante años de sacrificios durísimos maduraron aquel sentimiento de traición, ocasionado por el sustancial incumplimiento de las cláusulas del contrato de colonización, que posteriormente dio origen a su marcada actitud de rechazo hacia lo mexicano.

A raíz de eso se fueron acentuando el espíritu de defensa y los vínculos solidarios entre los miembros de la comunidad, hasta formar un pequeño universo autónomo, con su código, sus valores, sus reglas. Superada, pues, la fase más ardua —cuando la cosecha de maíz de una hectárea, los instrumentos de trabajo y los campesinos mismos cabían en el lomo de una mula— y Chipilo se encaminaba hacia un relativo bienestar económico, contemporáneo al desarrollo de la ganadería, estalló la Revolución. Ésta significó, para

los colonos de Chipilo, robos, requisiciones sin resarcimientos, amenazas y violencias; hasta en diferentes ocasiones hubo intentos de llevarse a las rubias mujeres italianas. Extraños culturalmente e ideológicamente a los planteamientos que estaban en la base del proceso revolucionario, ellos lucharon para defender sus propiedades, reforzando al mismo tiempo su identidad de grupo y su separación de la sociedad mexicana.

Sin embargo, tal vez les afectó más el eco de la primera guerra mundial, que vio como escenario cruento las regiones vénetas, que la propia Revolución. Por eso, cuando en 1924, llega a Chipilo una piedra del Monte Grappa, símbolo de la desesperada resistencia al austriaco, ésa se convierte en una representación de los trágicos acontecimientos vividos por su gente.

Hoy en día, conforme se ha ido desarrollando su importancia económica como centro productor de leche y derivados, generando una mayor seguridad en sus habitantes, Chipilo ha puesto en marcha un paulatino proceso de apertura al medio circundante. Ya no provocan escándalo los matrimonios mixtos, los jóvenes aprenden el español en la escuela y lo dominan, pero, todavía en presencia de la quinta generación, el dialecto sigue siendo el idioma del hogar, la lengua en que los chipileños se comunican.

Al examen del dialecto véneto, y de su variante chipileña, los autores dedican el tercero y cuarto capítulos, que constituyen el tema central de la obra y los más logrados. El último, en particular, reconstruye las diferentes etapas de la historia de la colonia a través de testimonios orales, vistos por los autores como preciosas fuentes históricas además de objeto de investigación lingüística. Una cinta, documento vivo, que reúne las memorias más significativas, acompaña el texto haciéndolo más incisivo.

Utilizando un lenguaje sencillo y elocuentes ilustraciones, la obra ha sido concebida para llegar a todo tipo de lector. Sin embargo resulta en ocasiones dispersa y poco homogénea buscando abarcar muchos temas sin tratarlos todos con el mismo rigor científico. Esto queda claro en los dos primeros capítulos en donde la reconstrucción histórica encuentra su límite en el escaso recurso de las fuentes documentales.

El libro reseñado, que es el primero de una anunciada serie de estudios sobre la comunidad de Chipilo, tiene su mayor mérito en el haber abierto nuevas perspectivas de investigación, hasta la fecha inexploradas, sobre la emigración italiana a México.